

BIOLOGIA DE LA GUERRA

La guerra es biológica.

El hombre hace la guerra por la misma razón y por los mismos fundamentos que come, ama, deambula, trabaja, odia o envejece.

El estudio del hombre, o si se quiere de la Humanidad en conjunto, exige, como el de cualquier otra especie animal, el conocimiento de su anatomía, de su fisiología sana, de sus alteraciones morbosas y de sus costumbres o relaciones sociales.

Más notable esto último en las especies que viven en colectividades, como las hormigas, abejas, piaras de mamíferos, bandadas de peces o de aves, etc., ha dado motivo a curiosas observaciones de naturalistas y sabios, que enriquecen a porfía la bibliografía de las ciencias naturales.

En cuanto al hombre, sus relaciones sociales han dado origen a escalas jerárquicas, castas, fórmulas religiosas, partidos y regímenes políticos, lucha de clases, etc., etc., y en el exquisito siglo XVIII europeo a la confección de los bellos tratados de «Urbanidad y Cortesía», compendio del almibaramiento de peluca y casaca característico de esa fecha.

Señalamos concretamente este dato, porque ilusionadamente, la educación moral que el hombre dá a sus descendientes desde las llamadas épocas históricas, es ya de tono pacifista, —la civilización es pacifista, el salvajismo «es belicista»—, y por relaciones sociales se entienden por antonomasia entre los hombres las de buenos y cortesanos modales

Pero tan social —desprovista la palabra de todo sentido político— o mejor diríamos, tan colectivo es en el hombre lo pacífico como lo guerrero. Didácticamente separaríamos las relaciones colectivas de la Humanidad entre otras posibles divisiones, en dos ramas: pacífica y bélica. Siendo tan natural la una como la otra.

Observad un hormiguero, un enjambre, una bandada de estorninos o de grullas. Están tranquilos en sus actividades personales, acopian sus granos o sus reservas alimenticias, aman y procrean, hacen sus nidos o construyen sus panales, sestan o pasean, durante la tran-

quila sucesión de los días. El buen naturalista va estudiando estas costumbres, de cronicidad casi matemática, y las va trasladando a su cuaderno. Un buen día, aquella colectividad animal aparece irritada. Sus individuos van y vienen nerviosamente, se transmiten avisos y órdenes, montan guardias en sus refugios y guaridas, zumban, gritan, chillan, y al fin, extremando su nervosismo, afilando sus defensas naturales y cargados de sus provisiones, salen de sus agujeros o parten de sus comarcas habituales, con la reina o el guía al frente, bien rodeado de una guardia personal, en busca de otros territorios, exterminando enemigos a su paso, o impelidos por la inexorable ley del nius migratorio. El naturalista sigue observando y anotando.

Ni al sabio ni al profano se le ocurre pensar que obedecen a fundamentos distintos, ni a desiguales leyes biológicas, las dos clases de fenómenos, pacíficos y bélicos, que está observando. Ambos son característicos de la biología social de la especie estudiada, son previsibles y aún se suceden con cierta periodicidad sincrónica. Ambos pertenecen a la biología social de la especie.

Y si esto es normal en todas las especies animales, ¿por qué solo en el hombre vamos a considerar normal lo pacífico y anormal lo bélico?

Desde el punto de vista biológico es normal todo lo que acontece a la especie en su ciclo individual o corporativo. Tan normal es al *Apis melífica* el diario pecoreo, como la salida primaveral del enjambre o la matanza de los zánganos apenas han terminado su función fecundante. Todo ello es biológicamente corriente en esa especie. En todas podríamos formular los hechos correlativos.

Pues igualmente normales son en el hombre, biológicamente considerados, tanto los períodos de paz como los de guerra. Un naturalista que estudiase la especie humana, y describiese el cuerpo del hombre, sus funciones, sus actividades, sus relaciones sociales, etc., terminaría, como nosotros hacemos con la hormiga o la cigüeña, describiendo sus habitaciones, sus viajes y sus luchas. La lucha, la guerra, si con ojo de cíclope observáramos una humanidad liliputiese, sería un fenómeno biológico más, a considerar entre los demás de la especie.

No es lógico, por tanto, que busquemos las causas o pretextos de las guerras, por lo menos que busquemos las causas políticas. Debemos buscar las causas biológicas, como pretendemos en esta iniciación de ensayo. Las llamadas causas políticas, las que externamente invoca la Historia, serán en todo caso como las llamadas en

la etiología médica causas predisponentes, pero no causas directas, eficientes o específicamente determinantes de las guerras.

La Historia nos habla de guerras de conquista, de guerras religiosas, comerciales, etc. Una vez se inculpa como causante de la guerra a un tirano, un emperador o un César. Otras veces es un reformador religioso, un mesías, un profeta, un mahdí. En otras ocasiones se habla de masas causantes, las hordas asiáticas, el peligro amarillo, las emigraciones oceánicas del Pacífico, los bolcheviques. En nuestros tiempos criticistas se echa la culpa confusa de las guerras, según el criterio enemigo de cada cual, a los burgueses y bolsistas, a los judíos, a los constructores de armamentos o fabricantes de municiones, a las sectas que operan tenebrosamente, a los masones, a los mismos pacifistas.

Es inútil buscar, de una manera genérica, al causante de las guerras. El hombre hace la guerra por un imperativo biológico que le acomete circunstancialmente, del cual él mismo es actor y víctima al propio tiempo, y cuyas oscuras raíces fisiológicas acaso no se conozcan todavía con precisión. El hombre destruye y mata instintivamente, movido por una poderosa fuerza interior, de raíz biológica. La guerra es instintiva. La guerra es una función biológica de la colectividad humana.

En los pueblos que llamamos inferiores, tribus negras, oceánicas, etc., la guerra es una función tan biológica de la colectividad, que los hombres, como empresa colectiva, no hacen más que guerrear. La constitución de la sociedad humana, en estos pueblos inferiores, solo tiene la misión bélica. Sus reyes, hechiceros, cantos, músicas, etc., están todos instituidos con una finalidad marcial. El autor de estas líneas que convivió una temporada con los berberiscos del norte africano, pueblo civilizado, o por lo menos en contacto con la civilización desde hace muchos siglos, anotaba que, en los períodos de paz, en sus luchas con los españoles y franceses del protectorado marroquí, vagaban tediosamente como atacados de neurastenia, preguntando ansiosamente cuándo volvería el período de la guerra, único que concebían. Las referencias del medievalismo, del feudalismo europeo, son del mismo tipo. El buen caballero no trabajaba la tierra ni organizaba trabajo de orden alguno, salvo el bélico. El trabajo manual lo hacía el siervo, el esclavo, el prisionero, el trabajo intelectual lo hacía el monje. El caballero, el señor, como honrado privilegio especial hará la guerra.

El oscuro sentimiento de matar al prójimo que, en algún caso,

como hoy mismo en los iluminados de Filipinas, alcanza categoría de hecho biológico en lo personal, tiene sus rituales religiosos en las ofrendas a los terribles dioses paganos a quienes se sacrifican niños, doncellas, esclavos o personajes de estirpe regia, según los pueblos o los ritos, y, alcanza por fin, su momento cumbre en lo colectivo con la organización de las guerras que en nuestros días alcanzan la dramática intensidad actual.

Los historiadores profundos han buscado algunas veces este origen o causa biológica de las guerras, prescindiendo de las explicaciones causales que el vulgo invoca, y antes dejamos señaladas. Los pueblos que habitan lugares míseros, saldrían periódicamente de sus comarcas, cayendo como langostas sobre los pueblos ricos y ubérrimos, reblandecidos por la civilización y el hartazgo. En relación con la pretendida marcha de la civilización de oriente a occidente, se ha hablado de varias influencias astrales o magnéticas. Un abate francés cree haber encontrado un sorprendente sincronismo entre guerras notables y manchas solares.

Quienes opinan de esta manera, abandonan ya la teoría política, y dejando de inculpar al tirano bélico o al reformador audaz, piensan, algo como nosotros, que el hombre es víctima del impulso marcial, al modo que lo es del impulso erótico o de cualquier otro instinto biológico.

Lo que acontece por lo pronto, dentro del organismo humano, es que el instinto bélico acaso no es constante en la biología, sino que aparece por crisis o saltos. Por ejemplo, el crecimiento somático del individuo, procede lenta y progresivamente, pero sin violentas crisis. Mas, dentro de esta evolución ontogénica, aparecen algunos fenómenos, que, siendo normales, se manifiestan con violencia, como la erupción dentaria, la pubertad, el parto. A nadie se le ocurrirá discutir la normalidad fisiológica de cualquiera de esos fenómenos vitales que en el individuo se presentan sin embargo de aparatosa manera.

Pues bien, algo análogo ocurre en lo colectivo. La lenta evolución diaria de la Humanidad se produce en la paz. Pero en este organismo humano se presentan de vez en cuando fenómenos críticos, violentos, las guerras y revoluciones que vienen a ser los fenómenos críticos de lo colectivo, seguramente necesarios, en cuanto biológicos, para la evolución filogénica de la especie humana.

También tiene este concepto viejos defensores en quienes hablan de las guerras como vehículo de la civilización, y señalan la difusión de muchas adquisiciones y conocimientos culturales a través de los

movimientos guerreros de los pueblos, y de ello se deduce la necesidad de las guerras para que la Humanidad progrese.

La necesidad biológica de la guerra no la vemos clara si no es poniéndola en parangón con la antropofagia. Son raras las especies animales en las cuales existe la homofagia, y desconozco si del devorar semejantes los naturalistas o biólogos han extraído alguna conclusión. Me parece, en cambio, que la antropofagia tiene en la evolución de la Humanidad una clarísima interpretación. Devora el hombre a sus semejantes en aquel período evolutivo de la especie en que termina el *Homo ferox* y aparece el *Homo sapiens*. O dicho de otro modo, para alcanzar inteligencia, para lograr el desarrollo necesario en los centros nerviosos, la especie necesitó enriquecer su fisiología nerviosa con un tratamiento opoterápico a base de los órganos de la misma especie, porque es bien sabido que, aun cuando el antropófago devora toda su víctima, generalmente, y de ello se derivaron curiosos ritos que estudia hoy el prehistoriador, busca determinados órganos como el cerebro y el testículo que son los básicos del desarrollo intelectual.

No se debe pasar por alto el hecho de que los monos antropoides son hervíboros, mejor frugívoros, esto es, que ni son carnívoros, ni mucho menos homófagos. Fué en las especies antropoideas de las cuales había de nacer el *Homo sapiens* donde se desarrolló la antropofagia, como imperativo biológico, por exigencia acumulativa de materiales fisiológicos nobles, sobre los cuales habría de lucir la llama divina de la inteligencia.

Hay algunas hembras domésticas, las cerdas y perras, que ciertas veces cometen el acto monstruoso y antinatural de comerse a sus hijos a poco de parirlos. Estas hembras no cometen el hecho casualmente, sino que este vicio se repite en cada ocasión, y los ganaderos saben que no hay otro remedio que desecharlas como reproductoras. Parece haberse averiguado que se comen a sus hijos las hembras agalaxicas, o sea las que no segregan leche, de donde se derivaría un complejo neuro-hormónico que actuaría sobre el apetito, y especialmente sobre el instinto, sobre este último de tan intensa manera, que llega a anular el poderoso instinto maternal.

Si confirmamos que el desarrollo intelectual del hombre exigió la antropofagia, nos preguntaríamos a qué instancia biológica concluye la guerra, o sea el exterminio de determinados individuos de la especie, o más genericamente, la lucha entre los machos.

Por demasiado conocido y solo a título de recordación, evocamos

el hecho de las peleas entre los machos, que viven en salvajismo o en piara. En Andalucía, donde la cría del toro bravo está tan atendida y observada, se sabe que hay dos ocasiones en que las piaras de machos, sean novillos o toros, se acometen en la pelea, que son la primavera en la época del celo y los días de gran tensión magnética, precursores de la tormenta. Pero, tanto en unos como en otros, la lucha no adquiere intensidad dramática en tanto que no se vierte sangre, y después de grandes bramidos, escaramuzas, esgrima de cuernos, etc., uno de los contendientes huye (táctica de despegue). Mas, cuando «huelen sangre», como dicen los ganaderos, por haber sido herido uno de los contendientes, la lucha se generaliza, redobla su intensidad y suele terminar con varias muertes. El autor de estas líneas cree haber notado fenómenos análogos en las luchas humanas de que ha sido testigo.

Aquel último concepto nos lo aclara el estudio de otras especies. La lucha entre machos responde a un principio de selección natural (darwinismo) para la supervivencia del más apto. Tendría la lucha un fondo sexual, que, como tantas otras manifestaciones de la misma raíz, se manifestaría oscura y torpe, pero avasalladoramente. El mismo hombre sería una víctima de su instinto, por cuanto el desarrollo hormonal de sus increciones gonadales, le impulsaría ciegamente a la lucha y la muerte.

Acaso la Ciencia descubra algún día totalmente el resorte del impulso bélico, biológicamente considerado, y los períodos críticos en que se presenta, en relación ya con la evolución ontogénica de cada ser o con la filogénica de la especie, y se pueda establecer el ritmo crítico de las guerras, aparte los demás factores climáticos, étnicos, geográficos, alimenticios, etc., que dan fisonomía especial a cada período guerrero.

Por lo pronto, y en relación con este hecho, sorprende inmediatamente que la edad guerrera por excelencia, la edad heroica por antonomasia, es la juventud, el despertar impreciso y arrollador de la sexualidad, dejando aparte la milicia profesional producto de un entrenamiento y una educación que se separa del ritmo biológico.

Bastará repasar en la memoria la figura de los grandes caudillos militares de la Historia, o mejor dicho de los grandes conquistadores, en los cuales destaca la edad juvenil o una sexualidad torpe —Alejandro, Napoleón—.

Toda la prehistoria (Humanidad infantil) que se puede representar como la época salvaje de las actuales razas civilizadas, al menos en

la edad de la Piedra, y que tiene sus análogos en los actuales pueblos salvajes, que viven una era que podemos llamar para ellos prehistórica, — pinturas rupestres, cultura lítica, belicismo, antropofagia, cultos astrales, etc. —, es una época fundamentalmente guerrera, y acaso en su decurso se inicie la diferenciación de pueblos más o menos bélicos, o bélicos y pacíficos.

Entre las más viejas culturas del mundo, la mediterránea ha propendido al pacifismo, acaso por adaptación al medio — clima dulce, alimentación fácil, poca necesidad de vivienda y vestido, etc. —, produciendo aquellas civilizaciones — micénica, cretense, tartesia, etc. —, que llegan a los albores de la Historia refinadas y decadentes, acosadas por todos sus costados, especialmente por el norte, por pueblos agresivos, bélicos, selváticos, — la pretendida invasión aria —, que vienen a refrescar los viejos troncos y a infundirles primitivismo marcial.

Nos perderíamos en la minucia histórica, por grandes que fueren sobre el ancho cauce nuestros saltos, si quisiéramos sorprender sobre ella la evolución biológica de la Humanidad, especialmente con vistas al instinto bélico.

Ya en otra ocasión (V. nuestro ensayo sobre *La busca de la felicidad*), hemos intentado fijar la edad de la Humanidad, comparativamente a la del ser humano. Intelectualmente al menos la evolución del ser humano muestra en compendio la evolución de la Humanidad. Con esto evocamos el clásico principio naturalista de que la Ontogenia es una reproducción abreviada de la Filogenia. O también, que se puede comparar la evolución del individuo, aplicando el anterior principio en grado menor, como una reproducción abreviada de la evolución de la especie.

En el mismo hombre, los embriólogos van estudiando desde la concepción del ser humano, las fases de mórula, de blástula, de celentéreo, de gusano, de pez, de mamífero, etc. Pero, ante nuestros ojos, en el niño, vemos reproducidos los períodos o etapas de la evolución cultural de la Humanidad. El niño que anda a gatas a poco de nacer (antropóide), se endereza a poco y emite gritos inarticulados (antropopithecus erectus), luego se apoya en un palo, tira piedras y hace casitas de barro (edades líticas), pinta las paredes (rupestrismo) y ama con pasión los animales (totemismo, domesticación). Sabido es que, por este camino, en el cual los pedagogos hacen notables observaciones, se reconocen, en niños inteligentes, momentos mentales o sentimentales, que evocan otras épocas, religiones, creencias o

ritos, por los cuales ha pasado la Humanidad ancestral, y que perviven en el fondo de herencia heredada, manifestándose transitoriamente. Por ejemplo, un niño de cinco o seis años, un buen día, sin influjo exterior alguno, os empieza a relatar con la videncia y seguridad característicos de la infancia, que ha vivido otras épocas anteriores. Os dirá, «cuando yo era capitán», «una vez que iba en un barco», etc., manifestando así un estado mental análogo al que tuvieron determinados pueblos (metempsicosis). Reconoceríamos por este procedimiento, el recuerdo ancestral de épocas tristes y melancólicas de la Humanidad, tan características de la segunda infancia, de culto a los muertos, etc.

En una palabra, la Historia, y su antecedente prehistórico, nos descubre que la Humanidad ha pasado por períodos de evolución mental análogos a los que observamos en la evolución genérica de cualquier individuo. Por ahí podríamos rastrear, comparando el tipo medio de vida de la Humanidad actual, la edad que esta alcanza, y por ende sus posibilidades de todo orden, mentales, técnicas, etc., y sus instintos biológicos primordiales.

Porque, y esto hay también que dejarlo bien sentado, así como en los niños se descubren los períodos históricos ya pasados, en muchos individuos, y aún en ciertos estados especiales de civilización, acaso se descubran los períodos históricos del porvenir. O sea que muchos individuos han superado el tipo medio de la especie, e incluso dan arquetipos o modelos que la especie tardará muchos siglos en volver a producir en apreciable cantidad.

En suma, ¿qué edad tiene la Humanidad? ¿Es joven o es vieja? ¿Tiene por delante un «brillante porvenir» como reza la frase periodística, o es ya vieja y caduca e «incapaz de sacramento». Interesa mucho fijar el concepto para nuestra biología de la guerra, porque si el tipo normal del milite, biológicamente considerado, es el joven, desechando los estados anormales o incauzados de la sexualidad, si adscribimos la guerra a la edad juvenil, tendremos que aún nos quedan milenios guerreros por delante si la Humanidad es joven, o..... No. Si la Humanidad fuera vieja las guerras se hubieran ya acabado hace largo tiempo.

La guerra, la lucha, es vida por antonomasia. Cuando la Humanidad entre en edad madura y se acerque a la vejez, hará mucho tiempo que los conflictos bélicos se habrán extinguido. La Humanidad vive todavía, cuando tiene por las guerras esta impetuosa pasión incontenible, una edad juvenil.

Porque no hay que hacerse ilusiones pacifistas. Cuando algunos hombres selectos —filósofos, pacifistas, eclesiásticos o religiosos— hablan largamente de pacifismo, y cuando la educación, la ética, la religión, están llenas de pacifismo, de amor al prójimo; cuando ingentes instituciones —la iglesia cristiana, por ejemplo— fundan sus cimientos en la caridad, en el quererse unos a otros, de pronto, como una universal tormenta, se encienden los cielos en horrendos fragores guerreros y el rayo marcial incendia todos los pueblos y todos los países, favorecido hoy más que nunca por la velocidad de las comunicaciones. La guerra es un contacto eléctrico, a cuyo solo nombre se ponen en pié todos los hombres.

Cuando en raptos de un pacifismo erudito, algunos países han proclamado su renuncia a la guerra en sus leyes fundamentales, y como consecuencia de ello se ha procedido a un cierto desarme del ejército nacional, las multitudes, y precisamente las que se hacían llamar a sí propias más progresivas y avanzadas, instituían «milicias» particulares, y salían por los alrededores de sus pueblos en marchas y maniobras bélicas, víctimas de un instinto biológico que no hallaba otros cauces legales.

No caben discusiones ante los hechos. Estamos asistiendo a la guerra más extensa y cruel que ha conocido la Humanidad. El diagnóstico es tan preciso, como el toque del metal sobre la piedra: la Humanidad aún es joven, y como es joven ama la guerra, y la desea frenéticamente. Bueno que se eche la culpa ocasional de esta guerra, como de cualquier otra, a este dictador o al otro tirano, a los judíos o a los comerciantes, que en última instancia solo serán o sus propagandistas públicos o víctimas propiciatorias del belicismo, como lo son también casi siempre los «intelectuales», evocando la pugna entre la pluma y la espada de que ya hablaba Aristóteles. Pero el hecho fundamental es que la Humanidad hace la guerra, y dedica a ella, amorosamente, voluptuosamente, sus mejores hombres, —la juventud— sus mejores tesoros, sus mejores conquistas de saber y de técnica, sus más queridos amores, —la familia, el hogar, los hijos.

Pongamos a contraprueba el toque de la antropofagia. Hoy, esta Humanidad guerrera y exterminadora, se avergüenza de haber sido antropófaga. Esto es, la necesidad biológica de la antropofagia ya ha pasado, y entre tantos pueblos diversos y millones de seres que hoy combaten, no solo existe ni recuerdo de la antropofagia, sino que se rechazaría con asco violento de ser propuesta. Hoy, la necesidad biológica de la guerra, que no acertamos a definir, obedece a otros instintos.

Nos contentamos con suponer que es un instinto de raíz biológica el bélico, que algún día pasará, como pasó el antropofágico. Día llegará en que la Humanidad se avergonzará de haber hecho la guerra, como hoy se avergüenza de haber comido a sus semejantes. Y por eso, la fijación, siquiera aproximada de ese día, de esa época, nos preocupa, y tanteamos su señalamiento

Volvemos al supuesto de la lucha sexual, y a nuestra afirmación de que solo atendiendo a esta violenta pasión por la guerra, podemos suponer que la Humanidad es joven. Pero ¿a qué «tipo de Humanidad» debemos referirnos, y qué grado de juventud goza ese tipo propuesto?

Porque, en el concepto genérico de Humanidad entran desde las razas inferiores negras (bosquimanos, negritos, etc.) en las cuales está fosilizada la evolución de la especie, hasta los pueblos más avanzados de las razas blancas, (mediterráneos, anglosajones, norteamericanos), entre los cuales debemos buscar el actual «tipo medio» de la Humanidad actual.

Se nos antoja que este tipo medio no lo representan tanto los pueblos viejos (mediterráneos y anglosajones), cuanto los norteamericanos. Acaso los primeros, habiendo cumplido algunos de sus círculos menores de cultura (Polibio, Aben Ialdun, Oswald Spengler) o teniendo del todo terminado su ciclo histórico, se hayan pasado del tipo medio de la Humanidad. La fertilidad de su pasado, el arte, la erudición, la puesta en marcha de todas o casi todas sus posibilidades de diversas índoles, han convertido a estos viejos pueblos europeos, en pueblos cristalizados. Diríamos, usando de un símil muy usado por los historiadores, que viven en «bizantinismo». Cristalizaron en determinado sistema en el cual perdurarán durante muchas centurias, acaso milenios.

El tipo medio de Humanidad lo dan hoy, indiscutiblemente, los norteamericanos. Su ingenua alegría vital, su prodigiosa expansión de crecimiento en todos los órdenes (demográfico, crematístico, técnico, etc.), haber cogido la batuta del planeta, producir un nuevo tipo de hombre político-social, y otras muchas razones presentes al más lerdó, señalan al yanqui como el «producto actual» de la Humanidad, el hombre representativo de nuestra época o nuestro siglo.

Y el yanqui, ahí lo teneis, se nos figura a los europeos como un buen mozacón, bonachón y zanquilargo, que ama el aire puro, la gimnasia y el deporte, y que ha hecho un culto de dos cosas fundamentales: la libertad y la técnica. Hé ahí los dos síntomas juveniles

de este «producto actual» de la Humanidad. Es un producto de juventud.

Pero este «tipo medio» ya no ama la guerra. Su postura en las actuales guerras mundiales, se nos antoja parecida a la del mozancón que cuando pasa por la calle, acaso en busca de novia, acaso de vuelta del taller, encuentra una pelea de chicos en el arroyo, les dá cuatro moquetes, los separa, y sigue su camino silbando alegremente, sin mirar atrás. Los chicos del arroyo (ios pueblos europeos), viven y no sabemos cuánto tiempo vivirán, en perpetuas guerras. Cuando ellos cristalizaron, la guerra era consueta, como lo es para las tribus negras, y entró como ingrediente normal de su constitución.

Y cuando han pasado dos o tres milenios, y la Humanidad también avanza en su edad, el producto que ha «parido», el yanqui, sin ser del todo formal, ya va camino de la formalidad, va siendo un hombrecito, todavía juguetón, pero que siente o presiente la seriedad de los años, y, sobre todo, desdeña tirar peladillas en el arroyo, como hacen los chicos más pequeños del barrio. El mozancón sabe que en la vida hay faenas más serias, piensa en una era de paz, en hogar confortable, de porvenir luminoso y tranquilo, y procura hacerse notar en el taller o descollar en la Universidad, preparándose a empresas de envergadura vital.

¿A qué edad pasa esto en la vida? Seguramente alrededor de los veintitantos años. Esta es la edad que hoy tiene la Humanidad. Pensamos que la Humanidad se acerca al prototipo de los veintiseis años, tipo de edad que en el hombre han determinado muchos autores como crítica en la evolución psicológica del individuo, y como época crítica, no solo mudable, sino dolorosa, por lo menos pasional, llena de pathos.

La Humanidad cumplirá esa edad cuando termine este período de guerras mundiales, que acaso son el alba de esa crisis evolutiva, pasada la cual entrará el período de maduración, que no debemos suponer desde un principio completamente sereno y ecuánime, sino sujeto también a numerosas incidencias, que todavía sería aventurado prefijar ni aun en líneas generales.

Solo podría servir de antecedente, con un amplio margen de error, la observación de la vida de los individuos actuales, y calcular en qué proporción los hombres que tienen entre veinticinco y treinta años llevan una vida normal, moral, laboriosa y tranquila, y en qué otras proporciones son disolutos o camorristas o aventureros, para deducir así las posibilidades en que se hallará la Humanidad en el

próximo milenio, del año 2.000 al 3.000 por ejemplo, de desenvolver sus actividades colectivas.

Si, como nosotros creemos, cuando la Humanidad vaya pasando su edad juvenil, verá amortiguarse sus instintos de lucha, y esto en los pueblos «nuevos», porque los «viejos» ya están cristalizados en su formación psicológica, y no habrá quien los desvíe de sus costumbres clásicas y tradicionales, la esperanza en un porvenir pacífico, aunque remota, será cierta, y esto considerando siempre un pacifismo relativo, de los mejores, porque biológicamente, el pacifismo será un producto nunca compartido por los «viejos».

La contraprueba, tomando como ejemplo los pueblos más inferiores, aclarará este concepto. Las tribus antropófagas que todavía quedan por el planeta, aceptan muchas veces el misionero y otros muchos elementos de civilización, y en algunos casos se las puede creer ya convertidas, hasta que un buen día, aquel buen día que describíamos al principio de este ensayo como propicio en toda colectividad animal, sobreviene una «crisis de irritación», y empiezan por comerse al misionero y a todos los demás elementos de civilización, y vuelven a su situación «clásica».

El negro que acepta el traje europeo, en su tribu, usará la chistera y acaso el frac, sobre el taparrabos original, pero seguirá con los pies desnudos y los aretes en la nariz, o sea, que el traje europeo le será tan extraño como nos lo pintan en las caricaturas.

Algo análogo es hablar de pacifismo en países como los europeos, contruados a fuerza de guerras, y en los cuales toda su herencia, toda su historia, sus más bellas tradiciones, sus evocaciones más gloriosas, todo, todo es bélico. Habrá de contarse por milenios el trascurso de los períodos históricos en que pueblos de esta catadura, trasfundidos en otras razas, dessolidarizados con su pasado, refundidos totalmente como pueblos «nuevos» piensen de otra manera, como por ejemplo nosotros estamos hoy con relación a los pueblos magdalenienses o capsenses o a los que vivieron en el período de La Tene.

¿Es que si en Norteamérica hubiera seguido viviendo en cantidad apreciable el piel roja, con su psicología de cazador y rapacabelieras, hubiera surgido el tipo actual de yanqui que consideramos como el producto más «nuevo» de la Humanidad?

Fué preciso que las circunstancias históricas, hicieran tabla rasa de la especie humana en aquel país, y productos selectos (emigrados políticos, pioneros comerciales, etc.), de los pueblos más avanzados

de la época, prepararan un advenimiento humano dotado de otra psicología más avanzada en edad, para que la Humanidad se plasmará en un tipo que, a su vez, allá para dentro de dos o tres milenios estará cristalizado e irrenovable, obseso y terco en las ideas y sedimentos psicológicos que precedieron su formación.

Cuando adentramos en la historia de Grecia, por ejemplo, sufrimos una gran desilusión. De modo que aquel pueblo que en principio suponíamos lleno de filósofos, de artistas, de poetas, que suponíamos ingenuamente la cumbre de la civilización, era, en el fondo, una manada de republiquetas feroces que se exterminaban y se perseguían como las fieras en el bosque. Si, aquel bello luminar de la Humanidad, fué la eclosión juvenil, con sus ilusiones y sus pasiones, con su despertar a la ciencia y con la torpe resolución sanguinaria, el conjunto glorioso y a la vez triste, en que se amasa la iniciación de la pubertad.

Los atisbos de pacifismo que aparecen en ciertas personas o en contadas instituciones, como preludeo de tiempos que vendrán, cuando la Humanidad avance en su edad, llegarán a ser entonces el módulo imperante, aunque no único, en la vida de los pueblos, y, cuando esto llegue, cuando las mejores conquistas, no ya solo territoriales, sino económicas, técnicas, o de cualquier otra índole, sean conseguidas pacíficamente, se preguntarán los hombres cándidamente: ¿por qué harían las guerras nuestros antepasados? Después de las más cruentas, todo venía a quedar igual, y, sobre todo, «aquello» se pudo haber conseguido pacíficamente, sin necesidad del exterminio o la lucha. Así también nos preguntamos hoy con no menor candidez: ¿para qué se comerían los hombres unos a otros?

La compra de lanas en Australia, la adquisición de carne en la Argentina, o cualquier otra pacífica operación comercial, era en los tiempos remotos el resultado de vastas expediciones guerreras, con innúmeros sacrificios humanos, que pasaban a la fábula con los caracteres míticos del vellocino de oro, los toros de Gerión o el estaño de las Casitérides.

¿Para qué matar, nos empezamos a preguntar hoy, por cosas que se pueden obtener en paz?

Pero, el instinto biológico de la lucha, arde todavía en las entrañas de la Humanidad actual, y en los pueblos «cristalizados», o sea en los mentalmente fosilizados, aparte elucubraciones de café, cuando llega la hora, todos se arrojan de cabeza al incendio devorador, salvando las naturales diferencias étnicas, geográficas, económicas, etc.

Y, pensando en el fin de este ciego exterminio, de este apagamiento de un instinto bestial y fiero, nos preguntamos, como otros muchos: ¿Cuándo acabarán las guerras en la Humanidad, si es que alguna vez acaban?

Acabarán, pensamos, ni tan pronto como algunos ingenuos desearan, ni tan tarde ni lejos que dejen de constituir un bello ideal de moral humana, alcanzable en plazo previsible.

Acabarán cuando nuevos pueblos, en el devenir de los tiempos, representen un tipo de Humanidad más evolucionado, más civilizado, y ¡ay!, más viejo. Cuando la madurez de la vida, en la Humanidad, como ser colectivo, vaya tiñendo de gris el rojo de sus crepúsculos. Cuando en la evolución cerebral vayan siendo cada vez más firmes los conceptos de la ética y de la moral humanas. Cuando el «hijo del hombre» sea «hombre» del todo.

Seguramente, la Divinidad aún continúa perfeccionando su Obra.

A handwritten signature in cursive script that reads "Rafael Castejón". The signature is written in dark ink and is underlined with a single horizontal line.

Córdoba, verano, 1943.